

Drogas, mentiras y ChatGPT

El lugar del deporte en la era del tecnofeudalismo o el dopaje como síntoma

Carlos Arribas* y Jenaro Talens**

Titre / Title / Titolo

Drogues, mensonges et ChatGPT. La place du sport à l'ère du technoféodalisme ou le dopage comme symptôme.

Drugs, lies and ChatGPT. The place of sport in the age of technofeudalism or doping as a symptom.

Droghe, bugie e ChatGPT. Il luogo dello sport nell'era del tecnofeudalesimo o il doping come sintomo.

Resumen / Résumé / Abstract / Riassunto

Este artículo aborda el carácter sistémico de un problema que en el último medio siglo ha ido poco a poco adquiriendo mayor protagonismo en la práctica deportiva: el dopaje. Normalmente considerado como una cuestión ética (lo que conlleva la consideración del atleta dopado como «tramposo»), los autores prefieren abordarlo desde la perspectiva sistémica, en tanto en cuanto la deriva económico-espectacular, sobre todo en la época definida por Yanis Varoufakis como *tecnofeudal*, lo convierte en algo necesario para quienes desean competir en igualdad de condiciones. El dopaje, en ese contexto es un síntoma del cambio de paradigma sociopolítico. Desde esa perspectiva, el artículo define el dopaje como una cuestión no sólo ética, sino fundamentalmente económica y social y abogan por una política educativa que iniciase desde primaria a los futuros deportistas en un sistema de valores capaz de formarlos como ciudadanos y no sólo como piezas en un tablero cuyas reglas de juego escapan a su control.

Cet article traite du caractère systémique d'un problème qui, au cours des cinquante dernières années, a progressivement pris une place de plus en plus importante dans la pratique sportive : le dopage. Généralement considéré comme une question éthique (ce qui conduit à considérer l'athlète dopé comme un «tricheur»), les auteurs préfèrent l'aborder sous l'angle systémique, dans la mesure où la dérive économique et spectaculaire, en particulier à l'époque définie par Yanis Varoufakis comme *technoféodale*, en fait un élément indispensable pour ceux qui souhaitent concourir à armes égales. Dans ce contexte, le dopage est un symptôme du changement de paradigme

sociopolitique. Dès cette perspective, l'article définit le dopage comme une question non seulement éthique, mais aussi et surtout économique et sociale, et plaide en faveur d'une politique éducative qui initie dès l'école primaire les futurs sportifs à un système de valeurs capable de les former en tant que citoyens et non comme des pions sur un échiquier dont les règles échappent à leur contrôle.

This article addresses the systemic nature of a problem that has gradually become more prominent in sports over the last half-century: doping. Normally considered an ethical issue (which leads to the doped athlete being regarded as a "cheater"), the authors prefer to approach it from a systemic perspective, insofar as the economic-spectacular drift, especially in the era defined by Yanis Varoufakis as *technofeudal*, makes it necessary for those who want to compete on equal terms. In this context, doping is a symptom of a socio-political paradigm shift. From this perspective, the article defines doping as not only an ethical issue, but also a fundamentally economic and social one, and advocates for an educational policy that would introduce future athletes to a system of values from primary school onwards, a system capable of training them as citizens and not just as pieces on a chessboard whose rules are beyond their control.

Questo articolo affronta il carattere sistemico di un problema che nell'ultimo mezzo secolo ha acquisito sempre più importanza nella pratica sportiva: il doping. Normalmente considerato una questione etica (che porta a considerare l'atleta dopato come un «imbrogliatore»), gli autori considerare il problema da una prospettiva sistemica, in quanto la deriva economico-spettacolare, soprattutto nell'epoca definita da Yanis Varoufakis come *tecnofeudale*, lo rende necessario per coloro che desiderano competere in parità di condizioni. Il doping, in questo contesto, è un sintomo del cambiamento del paradigma socio-politico. Da questo punto di vista, l'articolo definisce il doping non solo come una questione etica, ma fundamentalmente economica e sociale, e propone una politica educativa che, fin dalla scuola primaria, si proponga di formare i futuri atleti in un sistema di valori in grado di educarli come cittadini e non solo come pedine su una scacchiera le cui regole sfuggono al loro controllo.

* Diario *El País*

** Université de Genève/Universitat de València. Estudi General

Palabras clave / Mots-clé / Keywords / Parole chiave

Deporte, ciclismo, atletismo, dopaje, educación, Juegos mejorados, Juegos olímpicos

Sport, cyclisme, athlétisme, dopage, éducation, Jeux améliorés, Jeux olympiques

Sports, cycling, track & field, doping, education, Enhanced Games, Olympic Games

Sport, ciclismo, atletica leggera, doping, istruzione, Giochi migliorati, Giochi olimpici.

Alejar-se sin cesar es volver al origen
Tao Te Ching

Parafraseando unas palabras célebres, escritas hace ahora casi dos siglos, un fantasma recorre, no solo Europa, sino el mundo ya globalizado del deporte: el fantasma del *doping*. Las páginas que siguen buscan reflexionar sobre un problema que, lejos de remitir únicamente al terreno de la ética (según la consideración del atleta drogado como «tramposo» que elude lo que debería de ser «juego limpio»), pone en evidencia algo más profundo y estructural, en la medida en que puede entenderse como algo sistémico¹ que forma parte de la deriva del deporte como práctica lúdica hacia su conversión en pura y simple mercancía.

Etimológicamente, la palabra *deporte* proviene del verbo latino *deportare*, que significaba tanto divertirse, distraerse, disfrutar (hacer las cosas por deporte, por distracción, significado que tenía deporte antes de que en el siglo XV los anglosajones le añadieran también el de «divertirse haciendo ejercicio físico al aire libre o compitiendo en algún juego»), como deportar, trasladar a la fuerza a las personas de un lugar a otro, expulsarlas de un país. En francés, *desporter* (con el mismo origen latino) tuvo inicialmente el mismo sentido que el inicial español (divertirse), pero cuando llegó a Inglaterra, en el Middle

English se transformó en *disport*, y, poco después, por una aféresis a la que se mantuvo ajena el español, se convirtió en *sport*. Y ya con esa grafía, y con el significado nuevo de hacer ejercicio físico, la tomaron prestada para siempre los franceses de los ingleses, que, por regla general, exportan todo lo relacionado con el deporte.

Por su parte, El *doping* lo inventaron los holandeses. El neerlandés tenía en su vocabulario el término *doop* (salsa espesa, palabra nacida del *dip* inglés, sumergir en líquido), que el inglés americano adoptó a principios del siglo XIX como *dope* (salsa, cualquier líquido espeso). A finales del siglo, cuando se disparó el consumo de opio, presentado para fumar en forma semilíquida, tomó el significado de «narcótico» (y también el de «estúpido», quizás por el estupor que producía el opio en sus fumadores). A finales del XIX también el verbo *dope* y el sustantivo derivado *doping* (que, en español, por influencia del francés *dopage* convertimos en el galicismo ya oficialmente asumido: *dopaje*) llegan al vocabulario deportivo a través de las carreras de caballos con el significado de tomar o administrar una droga con el objeto de influir en el rendimiento. Curiosamente, en su origen, a los caballos los dopaban en los hipódromos para que corrieran menos (cuestiones de apuestas) y no para que corriesen más. De los caballos pasó al ciclismo, cuyas carreras a principios del siglo XX también estaban controladas por los apostadores.

Es obvio, por tanto, que la relación entre deporte y dopaje (mercado mediante) viene de lejos, si bien hasta fecha relativamente reciente, en forma de transgresión clandestina de unas reglas que se mantenían hipócrita y oficialmente inalterables, pero se rompían de modo sistemático a espaldas de una legalidad que tendía siempre a mirar para otro lado. No en vano, salvo en el caso del ciclismo (que aquí tomaremos como modelo), pero también del fútbol, el baloncesto y otros, explícitamente aceptados como «actividades profesionales» y por tanto regidas por normativas que poco o nada tienen que ver con las que conlleva una actividad lúdica no profesional, la relación deporte y amateurismo estaba claramente establecida como algo diferenciado del deporte profesional, incluso, como en el caso del tenis, estableciendo una regla para tenistas profesionales y otras para tenistas ama-

¹ Para contextualizar el carácter sistémico de algo entendido como supuesta *transgresión* en el relato de los hechos, cf. Carrera & Talens, «Relato cinematográfico y lógica del capital», *Revista Signa*, n° 34 (2025), pp. 291-313.

teurs (por muy poco amateurs que lo fuesen bajo cuerda en la práctica).

La comparación entre ciclistas y caballos de carreras a que hemos aludido con anterioridad no es gratuita, y no solo porque uno de los grandes escándalos de dopaje mundial lo protagonizó justamente un caballo, *Justify*, el potro que acababa de ganar la triple corona americana (Derby de Kentucky, Preakness Stakes y Belmont) y que, se supo después, había dado positivo en un control antes de Kentucky. También, como a algunos ciclistas, en ocasiones se les droga sin que ellos se enteren y se les exige y azota como si fueran bestias, y el uso cada vez más extendido, en todos los países, del término inglés *team* para designar a los equipos no hace sino hacer crecer la analogía. El sustantivo *equipo* llegó al español del *équipe* francés (grupo de personas unidas por una tarea y, ya desde 1469, grupo de personas practicando un mismo deporte), y este nació de *équipage* (tripulación de un barco), derivado verbal de *équiper* (dotar a un barco de todo lo necesario, velas, material, personas, para navegar), palabra de origen indoeuropeo (proviene de *skei*, dividir, cortar), que por un lado da el prefijo *esqui*, como en esquizofrenia, y por otro, en antiguo alemán, dio *skif* (árbol cortado y vaciado para hacer una canoa). De ahí al *schip* holandés, al esquife español y al *ship* (barco) inglés no hubo más que un paso. En francés, *eschiper* cobró el significado de abordar, hacerse a la mar.

El *team* inglés tiene un origen más prosaico, básico y significativo (para lo que son ahora los equipos): viene del Old English *team*, que se usaba tanto para designar a la familia, a la progenie, como al conjunto de animales uncidos juntos al yugo.

La lógica del deporte de competición en general y del atletismo de élite en particular, ¿considera al atleta como sujeto de su vida competitiva con plena libertad o como objeto, material de uso y abuso de un sistema? Puesto que uno de los objetivos de estas páginas es analizar el problema en el específico terreno del atletismo, a raíz de los escándalos que han salpicado este deporte, volveremos más adelante sobre su actual situación particular.

Retomemos ahora nuestro recorrido histórico-cronológico.

Poco después de la Revolución de los Claveles, en agosto de 1974, el pueblo de uno de los firmantes de este trabajo (CA) —Pedraja de San Esteban (Valladolid)—, se llenó de carteles anunciando que durante las fiestas patronales (San Agustín) la famosa cuadrilla de “*forçados*” alentejanos de Coruche lidiarían varios toros a la portuguesa. Poco antes de la corrida, tomando un vino en el bar de la plaza, estos *forçados* contestaban indignados a la cedilla que el impresor había introducido en los carteles bajo la C de su suerte. “Nosotros no somos *forçados* [condenados a trabajos forzados, galeotes], somos *forçados*, esforzados, valientes”. Y explicaba que en su traje de lidia se incluía una densa faja atada a la cintura porque ellos no burlaban al toro con capote o muleta sino que puestos en fila, uno detrás de otro, los seis componentes de la cuadrilla, el primero de ellos, el cabo (el extremo) citaba al toro de frente y cuando arrancaba el animal se echaba entre sus cuernos para frenarlo, y agarrado a su pescuezo aguantaba las embestidas del toro que lo levantaba en el aire como si fuera un montón de paja. Sus compañeros acudían y entre todos acababan con la energía del astado. En realidad, el significado que asignaban a *forçado* estaba, por así decirlo, ligeramente ampliado, pues en portugués, un forçado es lo que en castellano se dice horca o forca, el apero de labranza consistente en un palo con dos puntas para levantar paja, y por metonimia, un forçado es también el montón de paja o heno que el campesino levanta de una sola vez, como el toro con su cabeza levanta al torero forçado. Sin embargo, para ellos, para los toreros libres y valientes, lo más importante es que no se les considerara *forçados*, penados, y su orgullo es el mismo, y su valor, que el que proclamándose *forçats* hacen brillar los hermanos Pélissier, Francis y Henri, ante la pluma del reportero Albert Londres, que no se perdía una palabra de lo que le contaban en 1924 los dos ciclistas franceses que acababan de abandonar la carrera en Coutances, en Normandía, nada más comenzar en Cherburgo la tercera etapa del Tour de Francia de ese mismo año.

No se trataba de ciclistas menores. Henri, el hermano mayor, portaba el dorsal número 1, privilegio de ganador del Tour del año anterior. Eran las estrellas de Francia.

En su célebre libro *Les Forçats de la Route* (Los convictos de la ruta), que recoge las crónicas del Tour de 1924

escritas para el semanario *Le Petit Parisien*, aparece el siguiente fragmento publicado el 27 de junio de ese año:

—Un coup de tête?

—Non, dit Henri. Seulement, on n'est pas de chiens...

—Que s'est-il passé?

—Question de bottes ou plutôt question de maillots! Ce matin, à Cherbourg, un commissaire s'approche de moi et, sans rien me dire, relève mon maillot. Il s'assurait que je n'avais pas deux maillots. Que diriez-vous, si je soulevais votre veste pour voir si vous avez bien une chemise blanche? Je n'aime pas ces manières, voilà tout.

—Qu'est-ce que cela pouvait lui faire que vous ayez deux maillots?

—Je pourrais en avoir quinze, mais je n'ai pas le droit de partir avec deux et arriver avec un.

—Pourquoi?

—C'est le règlement. Il ne faut pas seulement courir comme des brutes, mais geler ou étouffer. Ça fait également partie du sport, paraît-il.

Vous n'avez pas idée de ce qu'est le Tour de France, dit Henri, c'est un calvaire. Et encore, le chemin de Croix n'avait que quatorze stations, tandis que le nôtre en compte quinze. Nous souffrons du départ à l'arrivée. Voulez-vous voir comment nous marchons? Tenez.

De son sac, il sort une fiole:

—Ça, c'est de la cocaïne pour les yeux, ça c'est du chloroforme pour les gencives...

—Ça, dit Francis, vidant aussi sa musette, c'est de la pommade pour me chauffer les genoux.

—Et des pilules? Voulez-vous voir des pilules?

Tenez, voilà des pilules.

Ils en sortent trois boîtes chacun.

—Bref! Dit Francis, nous marchons à la "dynamite".

Henri reprend:

—Vous ne nous avez pas encore vus au bain à l'arrivée. Payez-vous cette séance. La boue ôtée, nous sommes blancs comme des suaires, la diarrhée nous vide, on tourne de l'œil dans l'eau. Le soir, à notre chambre, on danse la gigue, comme saint Guy, au lieu de dormir. Regardez nos lacets, ils sont en cuir. Eh bien! ils ne tiennent pas toujours, ils se rompent, et c'est du cuir tanné, du moins on le suppose... Pensez ce que devient notre peau! Quand nous descendons de machine, on passe à travers nos chaussettes, à travers notre culotte, plus rien ne nous tient au corps...

—Et la viande de notre corps, dit Francis, ne tient plus à notre squelette...

Et les ongles des pieds, dit Henri, j'en perds six sur dix, ils meurent petit à petit à chaque étape.

—Mais ils renaissent pour l'année suivante, dit Francis.

—Eh bien! Tout ça —net vous n'avez rien vu, attendez les Pyrénées, c'est le *hard labour*; —tout ça, nous l'encaissons... Ce que nous ne ferions pas faire à des mulets, nous le faisons. On n'est pas de fainéants mais, au nom de Dieu, qu'on ne nous embête pas. Nous acceptons le tourment, nous ne voulons pas de vexations! Je m'appelle Pélissier et non Azor!... J'ai un journal sur le ventre, je suis parti avec, il faut que j'arrive avec. Si je le jette, pénalisation!... Quand nous crevons de soif, avant de tendre notre bidon à l'eau qui coule, on doit s'assurer que ce n'est pas quelqu'un, à cinquante mètres qui la pompe. Autrement : pénalisation. Pour boire, il faut pomper soi-même! Un jour viendra où l'on nous mettra du plomb dans les poches, parce qu'on trouvera que Dieu a fait l'homme trop léger. Si l'on continue sur cette pente, il n'y aura bientôt que des "clochards" et plus d'artistes. Le sport devient fou furieux...²

² —¿Un impulso repentino?

—No —dijo Henri—. Sólo que no somos perros...

—¿Qué ha pasado?

—¿Una cuestión de botas, o más bien una cuestión de *maillots*? Esta mañana, en Cherburgo, un superintendente se me acercó y, sin decir nada, me subió el *maillot*. Se estaba asegurando de que no llevaba dos. ¿Qué dirías si te levantara la chaqueta para ver si llevas una camisa blanca? No me gustan esas cosas, eso es todo.

—¿Qué le importaba si tenías dos *maillots*?

—Podría tener quince, pero no se me permite salir con dos y llegar con una.

—¿Por qué no?

—Son las reglas. No sólo tienes que correr como el demonio, tienes que congelarte o asfixiarte. Dicen que eso también es parte del deporte.

"No tienes ni idea de lo que es el Tour de Francia", dice Henri, "es un calvario. Y eso que el Vía Crucis sólo tenía catorce estaciones, mientras que el nuestro tiene quince. Sufrimos de principio a fin. ¿Quiere ver cómo caminamos? Toma".

De su bolso, saca un frasco:

—Esto es cocaína para los ojos, esto es cloroformo para las encías...

—Esto —dice Francisco, vaciando también su bolsa— es pomada para calentarme las rodillas.

"¿Y pastillas? ¿Quieres ver unas pastillas?

Aquí tienes unas pastillas".

Sacaron tres cajas cada uno.

"¡Ref! dice Francis, estamos usando dinamita".

Henri continúa:

¡No nos has visto en el baño todavía. Paga por esta sesión. Cuando nos quitamos el barro, estamos blancos como mortajas, la diarrea nos drena y nos retorremos en el agua. Por la noche, cuando volvemos a nuestra habitación, bailamos una giga, como San Guy, en lugar de irnos a dormir. Mira nuestros cordones, son de cuero. Bueno, no siempre aguantan, se rompen, y es cuero curtido, o eso suponemos... ¡Piensa en lo que le pasa a nuestra piel! Cuando salimos de la máquina, pasamos por los calcetines, por las bragas, no queda nada que nos sujete al cuerpo...

—Y la carne de nuestro cuerpo —dice Francisco— ya no está unida a nuestro esqueleto...

Y las uñas de los pies", dice Henri, "pierdo seis de cada diez, mueren poco a poco a cada paso.

Pero vuelven al año siguiente —dice Francis.

—¿Bueno! Todo eso... bueno, no has visto nada, espera a llegar a los Pirineos, es *duro andar*; —*todo eso*, lo cobramos... Lo que no haríamos hacer a las mulas, lo hacemos nosotros. No somos perezosos, pero en nombre de Dios, no queremos que nos molesten. Aceptamos el tormento, ¡no queremos vejaciones! ¡Me llamo Pélissier, no Azor! Tengo un periódico en el estómago, me fui con él, tengo que traerlo conmigo. ¡Si lo tiro, seré penalizado! Cuando nos estamos muriendo de sed, antes de entregar nuestro bidón al agua que fluye, tenemos que asegurarnos de que no es alguien que está a cincuenta metros el que la está bombeando. De lo contrario, serás penalizado. Para beber, ¡hay

Fue el primero y el último Tour de un periodista muy valorado e influyente con sus reportajes de denuncia social. El más famoso, el más doloroso, publicado también en libro, fue *Au Bagne* (En el presidio), escrito a raíz de un reportaje sobre la colonia penal de Saint-Laurent, Cayena, en la Guayana Francesa. Se publicó en 1923, también en *Le Petit Parisien*. En él, Londres describía las despreciables condiciones en que vivían los *forçats*, convictos condenados a trabajos forzados. Pese al título del libro que recogía sus crónicas, Londres, muy sensato, nunca usó el término *forçats* en sus reportajes. Le habría parecido deshonesto, ridiculizador, comparar el sufrimiento de los penados con el de los ciclistas. Él lo tituló *Tour de France, tour de souffrance*. Fue otro periodista, Henri Decoin, quien acuñó la expresión. Acababa de publicarse *Au Bagne*, cuya repercusión fue enorme y hasta provocó el cierre del penal, y Decoin dijo lo siguiente durante la carrera: “Con sus números en la espalda [se refería a los dorsales, que en aquella época eran gigantescos], parecen los convictos de Albert Londres”. Hablaba de los verdaderos convictos, no de los ciclistas, pero la expresión tuvo tanto éxito que se convirtió en un tópico.

Aun exagerado, el término *convictos*, sin embargo, refleja a la perfección tanto la condición y consideración de los primeros deportistas profesionales como al valor social que tenía el deporte de competición en sus orígenes, a comienzos del siglo XX.

Ha pasado más de un siglo. Hace poco Netflix estrenó una serie documental sobre el Tour de Francia. Comienza con el director de un equipo arengando a sus ciclistas: ¡sois gladiadores! Somos todos hijos de una idea: nuestros héroes deportivos lo son porque consienten en ser tratados como esclavos. Y no son héroes porque luchan por liberarse, sino, al contrario, porque aceptan su estado, y en él florecen. Los ciclistas del Tour siguen siendo los forzados de la ruta.

Henri Desgrange, el inventor del Tour, les raciona la comida, la ropa de abrigo, las comodidades de un hotel terminadas etapas de 400 kilómetros por carreteras im-

posibles, por montañas donde solo sobreviven cabras y montañeses. Crea las condiciones de su grandeza, que ellos solo pueden alcanzar recurriendo a la cocaína, al arsénico, a todo tipo de productos que les ayude a encontrar la fortaleza necesaria.

Más de medio siglo después, la muerte del ciclista inglés Tom Simpson que llegó más allá de donde su vida le permitía, y la ayuda de anfetaminas y alcohol, ascendiendo el Mont Ventoux en el Tour, se contempla más que nunca con la luz falsificadora de tragedia heroica. La muerte y las hazañas de Marco Pantani, también.

Para hablar del dopaje como síntoma y señal del deporte de alta competición podríamos partir de una imagen. Terminado el último Mundial de fútbol, el emir de Qatar se acerca a Messi, el deportista mejor pagado del mundo, el ejemplo, la referencia, para todos los jóvenes, y le arroja enfundándole en una especie de chilaba de gasa negra, y el gesto no está nada alejado del que terminado un Derby o un Grand National efectúa el propietario de un caballo, habitualmente un aristócrata, un millonario, uno de otro mundo con la consciencia de dueño, de amo, que abraza a su caballo, gran chaval, qué bravo, con una manta. Y, como el caballo manso, Messi agacha el pescuezo, agradece la manta y calla. Yendo más lejos aún, retrocediendo en la historia, la escena recuerda a la del César, el Emperador romano, amparando a su gladiador vencedor, al que ha concedido vivir, después de una victoria en la arena.

Stanley Kubrick plasmó con su maestría habitual el espectáculo de los gladiadores (para diversión de la nobleza que pagaba el evento), en su magnífico filme *Spartacus* (1960) y Ridley Scott volvió a hacerlo en *Gladiator* (2000).

Las grandes competiciones deportivas, incluidos los Juegos Olímpicos de la modernidad —rescatados por Pierre de Coubertin, portavoz de una aristocracia aburrida a finales del XIX en imitación de un idealizado ritual helénico— reproducen el modelo. La única función del deportista es la de entretener al poder y distraer a las masas, según la vieja expresión *panem et circensis*. Se admira al velocista, al maratoniano, al decatleta, como se admira a un animal, y al mismo tiempo, se le niegan sus derechos. A Jim Thorpe, el indio que cometió el pecado de intentar

que bombardearla uno mismo! Llegará el día en que nos pondrán plomo en los bolsillos, porque pensarán que Dios hizo al hombre demasiado ligero. Si seguimos así, pronto no habrá más que “vagabundos” y se acabarán los artistas. El deporte se convierte en un loco furioso (traducción nuestra).

vivir de su talento extraordinario, como un pintor vive de su arte, o un abogado de su memorión, se le privó de la gloria olímpica. Cuando Jesse Owens dejó pálido a Hitler en Berlín, 90 años después, interpretamos sus medallas de oro como una demostración palpable de que el color de la piel, si para algo influía, era en sentido positivo; en cambio, para la Alemania nazi de 1936, anterior a la Segunda Guerra Mundial, y para toda la ideología que sostuvo el esfuerzo de la guerra, incluida la dirección del Comité Olímpico de Estados Unidos —un país que se declara padre de la democracia, en el que el anticomunismo es religión, la izquierda, sospechosa y el antifascismo, sacrilegio—, personificada en Avery Brundage, la conclusión extraída fue la de que los negros corrían más, como gacelas o pumas, o como cualquier bicho no humano, sencillamente porque su raza —consideraban eso, el color de piel, un distintivo étnico— estaba más atrasada, más cercana al animal que al ser humano. Los blancos, arios, habían perdido poderío físico, argumentaban, a cambio de ganar cerebro.

Los organizadores de cualquier competición —local, regional, nacional, internacional— saben que su primera obligación, aquello por lo que se medirá su capacidad, es conseguir un pleno y magnífico funcionamiento de la zona VIP. Bar de autoridades, pinchos, canapés de jamón, zona de relax que permita a los dirigentes y autoridades sentirse diferentes, privilegiados, mientras los atletas, terminada la prueba, se cambian en los pasillos, se ponen el chándal sobre la ropa sudada, se protegen de la lluvia en tiendas de campaña. Esa es su consideración. Esa es su función, entretener. Esa es su obligación, prepararse lo mejor posible para no decepcionar al patrón. Solo los atletas con personalidad fuerte, con carácter, los que no competían contra nadie más que contra sí mismos, los que no buscaban en el atletismo agrado al poderoso sino buscar la perfección del gesto, expresar su mayor talento, viajar sin más, conocer otros mundos, otras gentes, podían huir de ese destino. Florecer libres.

Todo lo necesario estaba permitido antes de que la moral pacata, cercano ya el siglo XXI, siendo Presidente del COI, el español Juan Antonio Samaranch, decidiera profesionalizar sin ambages el deporte de alta competi-

ción, aprovechando la coyuntura de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles (1984). La intervención de la empresa televisiva, ahora ya no tanto como servicio público de información, sino como inversora y patrocinadora de los acontecimientos deportivos iba a cambiar de manera definitiva el sentido de estos últimos, en tanto que debían someterse a una lógica que ya no era necesariamente la suya. Algo que ya Pier Paolo Pasolini, con su radicalidad visionaria, había profetizado dos décadas antes al afirmar que la sociedad de consumo era la peor de las dictaduras, porque estas se basaban en la fuerza de los ejércitos, que, en su opinión, no son nada comparados con la televisión.

Por una parte, se daba por finiquitada la hipocresía de la doble moral, por otro, todo estaba permitido siempre que no se conociese. Que se quemara la casa pero que no se viera el humo. Como todas las morales (y la proveniente de la tradición judeocristiana no es una excepción), la ética deportiva se alimenta siempre de hipocresía: las leyes que le dan legitimidad las escribe el poder, los dueños de los medios de producción y no les conviene que las transgresiones se lleven a cabo a la luz del día. La multiplicación de las noticias les asustó. Eran malas para el negocio. El dopaje, el abuso, las drogas son cosas feas, reñidas con la imagen que quiere dar del deporte el vendedor de zapatillas, o de material deportivo en general, que controla los resortes y coloca a sus amigos en el Comité Olímpico Internacional. Asusta que el aficionado pueda concluir que todo el que sea capaz de tragarse la misma cantidad de EPO o de anabolizantes que cualquier atleta, pueda también correr más que nadie, sufrir más que nadie, ascender más montañas que nadie. La droga humaniza al atleta, lo normaliza, le roba el carácter sagrado, único, adorable. Ese era el peligro. Y hasta el deportista joven, que se observa en el espejo y se ve fuerte, hermoso, adorado, y se vanagloria, y cuando corre y acelera no siente fatiga, se cree también sagrado, invencible, y su propia belleza le ciega y solo muy pocos abren los ojos y comprueban que, como definió la maratoniana norteamericana Kara Goucher, en el fondo no son más que “un activo” de la Nike, objetos intercambiables. Si uno se lesiona, se le olvida, se financia a otro. Como en la época romana: a gladiador muerto, gladiador puesto.

En 1990, llegó la eritropoyetina recombinante (EPO) a los hospitales para salvación de los enfermos de riñón que no podían producir glóbulos rojos y a los pelotones deportivos, para alegrar la vida a miles de atletas o ciclistas mediocres, que se sintieron campeones, y a sus patrones, que podían explotarlos más y mejor.

En 2010 la EPO cumplió 20 años en el mercado y para marcar el aniversario murió François de Cœuriz, el científico francés que descubrió el método para detectarla en la orina de los deportistas.

Leyendo la revisión sobre la EPO publicada en el 'New England Journal of Medicine' (NEJM), puede llegarse a las mismas conclusiones que si pensamos por qué el laboratorio que, gracias al uso inteligente de la naciente ingeniería genética, encontró la manera de sintetizar la eritropoyetina recombinante, se convirtiese en el principal patrocinador de la Vuelta Ciclista a California. Basta contar en 'google', entre las millones de páginas a que remite tras teclear 'epo' en el espacio de búsqueda, cuántas corresponden a informaciones deportivas y cuántas a noticias científicas para descubrir si a alguien le ha cambiado la vida extraordinariamente (para mejor y para peor simultáneamente) la sintetización y la comercialización de la hormona que permite aumentar el número de glóbulos rojos en la sangre, es a los ciclistas, a los maratonianos, a los esquiadores de fondo, a los futbolistas, no tanto a que los enfermos crónicos de riñón, a quienes, de todas maneras, ha liberado de la tiranía de las transfusiones de sangre para luchar contra la anemia asociada a su enfermedad.

Al final de la recta de meta de las etapas del Tour de California los ciclistas y los espectadores podían leer "AMGEN" en una pancarta sobre la línea de la recompensa final. "Amgen" no significa meta; no significa llegada, sino que es el acrónimo de Applied Molecular Genetics, el laboratorio farmacéutico californiano antes aludido que 'inventó' la EPO. Una sola pancarta, una sola palabra, varios significados transmitidos. Para los ciclistas, el mensaje recibido era, como el de un anuncio de tabaco para un fumador, que aunque haya muchas epos en el mercado, que aunque las haya de primera, segunda, tercera y hasta cuarta generación, que aunque en las estanterías del mer-

cado (las páginas de internet) vean deslumbrantes marcas como Eprex, Procrit, Aranesp, Dynepo, Mircera, Hematide, Sextide..., como la auténtica, como la original, como Epogen, fabricada por Amgen en Longmont, Colorado, y distribuida al mundo desde Thousand Oaks, California, no hay ninguna. El talento, la clase, la calidad deportiva no eran nada en comparación con unos pinchazos en la tripa.

Para los espectadores el mensaje cambió, se hizo insidioso, funcionaba como el antiguo anuncio de Marlboro para los no fumadores: si una calada a un pitillo te traslada a un mundo de placer infinito, ¿a qué esperas para empezar a fumar? Si unas inyecciones mensuales de Epogen podían convertir a los ciclistas en superhombres capaces de desafiar a la naturaleza a gran velocidad sobre una frágil bicicleta, ¿qué milagro no serán capaces de conseguir si te las administraban a ti, anciano, a ti, que sufres un cáncer, que no te funciona un riñón? El milagro de la vida concentrado en unas jeringuillas precargadas. El nuevo milagro de los panes y los peces.

Para los médicos, los especialistas renales, los oncólogos, los cardiólogos, la pancarta Amgen es un recordatorio de una ecuación venerada como un dogma: si a más hematocrito —el porcentaje de glóbulos rojos en la sangre, que en personas sanas anda sobre un 40-45%—, más rinden, más corren, más resisten, se recuperan mejor, se cansan menos, los deportistas de fondo, aquellos que como los ciclistas o los maratonianos mejores son cuanto más oxígeno llegue a sus músculos, así, mejor será la calidad de vida de nuestros enfermos anémicos por culpa de sus enfermedades, mejor sus capacidades funcionales y cognitiva, su bienestar, menor será la hipertrofia del ventrículo izquierdo de su corazón, si en vez de sobrevivir con un hematocrito del 30% logramos subírselo al 45%. Y así se creyó durante 20 años; así aumentaron las ventas de todos los ESA (erythropoiesis stimulating agents, agentes estimuladores de la eritropoyesis: paraguas que abarcaba a todos los tipos de EPO en el mercado); así se amplió su arco terapéutico, hasta convertirse a principios de siglo XXI en el bálsamo de fierabrás, bueno para todo, para enfermos y sanos, bueno incluso para aumentar el vigor sexual.

Lo malo de todo es que, en dicha supuesta verdad, había algo de exageración. Al menos es lo que dice, por

ejemplo, el NEJM (anagrama de The New England Journal of Medicine), algo así como que a más hematocrito mejor vida es mentira, que incluso a más hematocrito más muerte es una afirmación más cercana a la realidad.

Desde que su uso se introdujo en el pelotón, hacia finales del siglo anterior (1990), la EPO ha estado asociada tanto a las victorias como a la muerte. Las anécdotas en ambos sentidos se han multiplicado. La EPO transformó el ciclismo como ninguna otra sustancia de uso común y prohibido con anterioridad, pues a diferencia de las anfetaminas u otros estimulantes, el doping habitual hasta los años 90, medicamentos que más que aumentar la capacidad del motor de los corredores aumentaban su capacidad de rendir más tiempo o de una forma más brillante, el aumento de hematocrito es similar al aumento de cilindrada, capaz de convertir a burros en caballos de carrera, en purasangres. El palmarés de muchas carreras está repleto de corredores fugaces que, surgidos de la nada brillaban un día como nadie para regresar de inmediato a la oscuridad. Combinada con el pinganillo (el sistema de comunicación por radio entre los ciclistas y su director, que marchaba en un coche viendo la carrera por televisión), la EPO hizo del ciclismo —hasta entonces un deporte espontáneo, de héroes, de personas que desafiaban la ley de la gravedad, el desfallecimiento inevitable, la derrota, que buscaban como los poetas buscan el símil único, la metáfora deslumbrante y sencilla, un más allá, un territorio en el que nadie hubiera pisado antes— un deporte prosaico, previsible, científico en el peor sentido de la palabra, un deporte en el que los corredores, siempre en buena forma, recuperados, con los depósitos llenos, eran manejados como piezas de ajedrez en el tablero de las carreras por directores que los movían sabiendo que siempre tendrían fuerzas para hacer lo que se les pedía. No había obstáculos. El único riesgo era pasarse con la dosis. Así es como el ciclismo bordeó la muerte.

Antes de que Ceaurriz diera con el método para distinguir en la orina los restos de EPO sintética, inyectada, de la EPO endógena, de la que producimos todos los mamíferos para oxigenar la sangre, antes de los primeros positivos en las competiciones, la tragedia inevitable intentó frenarse limitando al 50% el hematocrito permitido a los ciclistas. El tope sólo sirvió para crear una picaresca para-

lela de métodos de todo tipo para engañar a las máquinas medidoras. El ciclismo corría hacia su muerte paralela a la muerte de sus corredores hasta que encontró su salvación en forma de operaciones policiales, el 'caso Festina' en Francia en 1998, la Operación Puerto, en España en 2006, investigaciones que destaparon ante el gran público, ante la afición, la verdad oculta tantos años, que hicieron a sus protagonistas enfrentarse, de forma dolorosa, traumática, pero esperanzada, queremos creer que sincera, ante el dilema: transformación o muerte, o a la fuerza ahorcan.

Coincidiendo en el tiempo con la nueva conciencia que poco a poco salvaría al ciclismo, en el mundo médico el crédito de la EPO como medicamento inocuo y curalotodo fue paulatinamente cayendo por los suelos. La evaluación, revisión de ensayos con miles de pacientes realizados de forma longitudinal entre 1998 y 2009, publicada en enero en el NEJM, no fue sino la constatación de la locura. Aumentar el hematocrito y la hemoglobina de forma artificial para mejorar el rendimiento del corazón puede causar daño, decía el artículo, que cita un estudio al que se sometieron 1.233 pacientes sometidos a diálisis y con problemas de corazón. Se pensó que en vez de mantener su hematocrito con EPO en valores del 30% su calidad de vida mejoraría si se les subiera al 40% y se encontraron con un aumento de fallecimientos en el segundo grupo. Mayor hematocrito, por otra parte, suponía mayores dosis, mayores ventas para los laboratorios. La conclusión a la se llegó es que las dosis agresivas, las que generaban un crecimiento más rápido y mayores oscilaciones de la hemoglobina, eran las responsables del mayor número de fallecimientos. Además, la calidad de vida de los enfermos, medida en su capacidad de moverse, de realizar faenas de forma independiente, tampoco aumentaba con más porcentaje de hematocrito porque los meses de inmovilidad o de cama habían terminado atrofiando sus músculos: había oxígeno, no músculos a los que irrigar, lo que hacía imposible el movimiento.

Las ventas de EPO de los grandes laboratorios comenzaron a caer de forma vertiginosa incluso antes de la publicación del estudio, víctimas tanto de la liberalización de su fabricación por laboratorios de todo el mundo, como de la política repentinamente restrictiva de la FDA, siglas

en inglés de la *U. S. Food and Drug Administration*, el organismo norteamericano que regula el mercado de los medicamentos. En Estados Unidos a principios de este siglo crecieron como setas chiringuitos en los ‘malls’ en los que oncólogos titulados trataban con EPO a pacientes con todo tipo de cánceres para resistir mejor los efectos de la quimioterapia. Y de la noche a la mañana empezaron a desaparecer. Las ventas de EPO en Amgen cayeron más de 1.100 millones de dólares entre 2006 y 2008, la quinta parte, debido al menor número de autorizaciones por parte de las autoridades sanitarias. Las ventas de NeoRecormón, la EPO de Roche, cayeron un 11% entre 2007 y 2008.

Si las autoridades deportivas publicaran los últimos valores medios del hematocrito de los ciclistas quizás se observaría un descenso similar en sus valores. Las carreras, eso parece, eso queremos creer, han recuperado el brillo de antaño. El pinganillo ha sido prohibido. Los ciclistas viven más. La muerte de Ceurritz, que puede coincidir con el renacimiento del ciclismo, cobra, así, el sentido de salida por el foro, de actor que abandona el escenario una vez que su trabajo ha terminado, ha rendido sus frutos.

Si sólo el querer pensar que todo va a mejor supusiera que todo, en efecto, va a mejor...

“No siento remordimientos de conciencia por nada de lo que he hecho. He vivido lo que tenía que vivir, he hecho lo que tenía que hacer. Caí en el dopaje porque así era el sistema. Era así y así es. Pero tampoco querría tener 21 años ahora e intentar hacer toda mi carrera limpia”. Así hablaba un deportista profesional español de más de 30 años.

Hablaba del sistema, pero también de la moral, la ética de geometría variable, de su deporte, de los deportistas, del sistema. “Cada uno, cada deportista, cada técnico, cada patrón, tiene su nivel ético. Nunca ha sido igual para cada persona, cada uno viene de una cultura, ni en todos los tiempos. Ahora se ve mal lo que antes era perfectamente normal, por ejemplo”, continúa. “Así que la única referencia de actuación es la que marca el reglamento antidopaje. Es la línea de lo que está bien y lo que está mal, así que si uno no da positivo, no hace nada mal. Además, creo que el reglamento antidopaje está establecido por tres motivos: para cuidar la salud del deportista, en lo que no creo; como negocio por parte de los organismos anti-

dopaje, que me da igual, y para que los malos no ganen a los buenos, que no se puedan alterar los resultados, para que no salgan perjudicados los que más y mejor trabajan. Esta es la única justificación que vale para mí”.

Quizás este deportista (cuyo nombre omitimos a conciencia) represente el pensamiento antiguo, una filosofía que, dicen, se ha quedado en el siglo pasado. En la época en la que el pensamiento mayoritario del pelotón ciclista, por ejemplo, lo refleja este corredor anónimo australiano: “¿Cómo puedes pensar en ir a una cacería sin una escopeta? ¿Y por qué ir al Tour de Francia con un hematocrito de 42 cuando sabes que los demás andan por 55? Es como decir: OK, vamos al duelo de OK Corral, y yo iré armado con una pistola de agua. Sé que voy a morir”.

El poder moderno, nos enseña Giorgio Agamben, no es solo gobierno, sino que sigue teniendo necesidad de la gloria, y por eso todos los aspectos litúrgicos, ceremoniales y aclamatorios mantienen, bajo nuevas formas, su vigencia incluso en los tiempos actuales, en los que el capitalismo, en su forma última, que el conocido economista griego Yanis Varoufakis ha definido como *tecnofeudal*, se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos.

En su discurso, el filósofo romano no habla directamente de deporte —de los Juegos Olímpicos, o de los Mundiales, los grandes espectáculos en los que los Estados encuentran ahora la gloria—, pero seguramente le vendrán al pelo para todos aquellos deportistas que justifican su elección personal —¿doparse o no doparse?— en la inevitabilidad determinada por las presiones de un sistema, un *business*, una organización deportiva —patrones, directores tras el volante, entrenadores, prensa— que exige éxito y gloria en cada momento y en el que ellos, los deportistas, pueden acabar siendo víctimas, simples marionetas.

El objetivo de los centros de alto rendimiento inventados en los países de la vieja Europa a imitación democrática de las escuelas de deporte de los antiguos países del Este, antes de la caída del Muro en 1989, para organizar el dopaje de Estado no es otro que el de fabricar medallas. Los deportistas, como si fueran coches de hermosa mecánica, se ponen en manos de los fisiólogos del ejercicio, los nuevos sacerdotes, que como mecánicos les ajustan y regulan para obtener el máximo rendimiento. Por cualquier medio. Eu-

femiano Fuentes, médico formado en las artes de la preparación biológica en la Checoslovaquia y la Alemania del Este de los años 80, e implicado en 2010 en la Operación Galgo, fue uno de los representantes de ese sacerdocio.

Así se justifica, por ejemplo, la caída de Marta Domínguez, imputada en la trama y a quien la Guardia Civil atribuye una de las bolsas de sangre encontradas a Eufemiano en 2006. Sorprendentemente, o no, el apoyo popular del que gozaron algunos de los ídolos del deporte español acusados en su momento de dopaje —recordemos cuando a Perico Delgado le quisieron quitar el Tour de Francia en 1988— no lo disfrutó la palentina, que solo ha contado con la simpatía de sus vecinos.

“Esto es porque los tiempos están cambiando, han cambiado”, dice Mikel Zabala, un profesor de la universidad de Granada que puso en marcha en la federación de ciclismo —el deporte que, quizás, junto al atletismo, más identifica la sociedad con el dopaje—, el programa *Prevenir para ganar*. “Han cambiado a golpe de operación policial. Ha cambiado lo que piensa la sociedad de los dopados y ha cambiado lo que piensan los propios deportistas. Pero, paradójicamente, dada la popularidad de los últimos ciclistas con problemas, el pelotón está mejor que nunca, pero se habla de dopaje más que nunca”.

“Se ha notado el cambio”, dice el deportista, anónimo, que no reniega de su pasado, del pasado. “Se ha notado sobre todo en Europa, los deportistas jóvenes son más críticos con el doping, jóvenes con otra cultura, otra base”.

Para Zabala, que también imparte la asignatura de Ética a futuros directores ciclistas, “ha habido más de un saboteador al volante” (directores deportivos), pero ahora se trabaja “en la buena línea”. “Y ha cambiado también la actitud de los patrocinadores que, quizás por miedo a la mala reputación, han empezado a preocuparse por la propia imagen y ya no miran hacia otro lado, como antes, y están de acuerdo en que hay que recalcular el papel del médico en el equipo”, dice Zabala. “Y en los cuestionarios que hago rellenar a los aspirantes a director y en lo que les hago hablar públicamente veo que se habla ya del dopaje de una manera distinta”.

“El mensaje que legitimaba el dopaje, transmitido de padres a hijos, de unos a otros, era que el que no lo ha-

cía era tonto. Ese era el discurso. Ahora son cada vez más críticos”, dice Zabala, quien echa de menos, sin embargo, “más compromiso en el pelotón profesional. “Hay gente, como Joseba Beloki, que quiere mirar hacia adelante, pero sin atreverse a mirar atrás, a asumir los errores”.

Quizás debieran aprender los demás deportistas de la reacción de la mayoría de los atletas ante la Operación Galgo, aplaudiendo en un manifiesto a la Guardia Civil y pidiendo que se sancionase a los culpables. Fue el comienzo de la aplicación del castigo de la exclusión social. Los limpios estaban hasta entonces acogotados, callados por la ley del silencio impuesta por los tramposos. “Y tienen razón los atletas”, dice Zabala. “La exclusión social es quizás el peor castigo que pueda recibir un deportista. Que los suyos le miren mal, no lo acepten, es peor incluso que una suspensión”.

A cada caso, una respuesta, teatral a veces. Después del caso Festina se creó la Agencia Mundial Antidopaje y, a imitación de los franceses, las policías de otros países, Italia y España, sobre todo, comenzaron a investigar las tramas de dopaje que habían alcanzado el nivel de peligro que se puede asignar a las bandas de traficantes de drogas, o que incluso se entremezclaban, sobre todo en la distribución de productos dopantes para el gran público, para el deportista de gimnasio o de fin de semana para quienes la gran publicidad de los beneficios del dopaje les llega de las manos, justamente, de los positivos de los deportistas, de las sospechas.

Después de la *Operación Puerto*, mítica redada policial que sacó a la luz el hecho de que después de que los laboratorios pudieran detectar la EPO, muchos habían regresado a las transfusiones de sangre, aún indetectables, como método para aumentar la capacidad de la sangre de transportar oxígeno, se incrementaron los controles, se crearon los formularios de localización, el sistema ADAMS, que obliga a los deportistas de élite a estar localizados 24 horas al día, siete días a la semana, se fueron recortando más y más las libertades de los deportistas, que pasaron de gozar de la presunción de inocencia a sufrir la presunción de culpabilidad que aún mantienen. A todo eso se llegó, entre otras cosas, porque los dirigentes deportivos y políticos actuaron guiados por el circo mediático que se or-

ganizó alrededor de cada operación policial. De allí salió aquella iniciativa del Compromiso por un Nuevo Ciclismo, una carta que la UCI y el Tour obligaron a firmar a todos los participantes, directores, mecánicos y masajistas también, y que incluía una multa económica, equivalente a un año de salario, para quien diera positivo, pero que nunca se pudo validar ante los tribunales. Fue puro ruido.

La *Operación Puerto* también reveló cómo muchos años después, el lado capitalista del mundo seguía apropiándose del concepto de dopaje organizado que distinguió a los países del Este en los años 70 del siglo pasado. Si para ellos era un dopaje de Estado, como no podía ser menos, aquí en España se dejó el impulso a la iniciativa privada, aunque el presunto cerebro de una trama denunciada en los tribunales de justicia, Eufemiano Fuentes (al que la Audiencia Provincial de Madrid, en fecha 10 de junio de 2016, absolvió de los delitos imputados, al señalar que la sangre no es ningún medicamento, tal y como señala la Ley Española, por lo que su actividad no era constitutiva de delito), adquiriera la mayor parte de sus conocimientos para aumentar el rendimiento ilegal e indetectable con especialistas del Este, y aunque, en su largo historial, también figure su trabajo para los Juegos de Barcelona 92, para los que el Estado español inventó el concepto de *centro de alto rendimiento*. Esto era la versión occidental de las escuelas del deporte de la antigua RDA por ejemplo. Centros dotados de los últimos avances en instalaciones y también de técnicos y fisiólogos extranjeros que pusieron los cimientos del éxito olímpico. En ellos pasaban los deportistas de elite las 24 horas del día, guiados por el sometimiento a la planificación de su preparación, conscientes de que los médicos están para mejorar su rendimiento, no tanto su salud. Y aceptándolo.

El dopaje, la lucha contra el dopaje más precisamente, se convirtió también en una poderosa arma en manos del poder. La curiosa, e interminable, gestión de algunos casos aún en marcha como los de Contador y Mosquera, con el peso cruzado de las federaciones, nacionales e internacionales, con la vigilancia de la AMA, así lo muestran. El caso Valverde, la forma en que fue sancionado el ciclista por su implicación en la *Operación Puerto*, muestra además en el deporte un síntoma de lo que también ocurre en otros sectores de la sociedad, la tendencia al juicio paralelo y a la

evidencia anecdótica al servicio de la virtuosa, moralizante, campaña contra el dopaje. Señala, según algunos pensadores, el fin de la idea modernista del imperio de la ley y el advenimiento de lo que el filósofo italiano Agamben llama el estado de excepción permanente³, según el cual la racionalidad de la ley se convierte en la funcionalidad de la ley en el marco de una sociedad global del espectáculo que adopta las tácticas de una guerra justa.

La sanción a Valverde fue un síntoma de que tras la *Operación Puerto* las autoridades deportivas en vez de intentar comprender y deshacer el sistema, transformar las condiciones que obligaba a los corredores a recurrir al dopaje, algo a lo que llamaba a gritos el propio desarrollo de la operación, prefirieron simplemente perseguir y sancionar a los nombres más sonoros —Ullrich, Basso, Valverde. Para suspenderlo, sin embargo, las autoridades deportivas italianas, que fueron más rápidas que los otros cazadores, la UCI y la AMA, se saltaron todas las normas legales, se burlaron de la justicia española y consiguieron que el Tribunal Arbitral del Deporte emitiera una sentencia insólita validando todos sus saltos pragmáticos.

Lo que está en juego, pues, lo que tratan de proteger las leyes antidopaje, el movimiento político que las impulsa en sí, no es tanto la pureza del deporte como básicamente el control del deportista como fuerza de trabajo y como producto.

Los deportistas, y así lo decía recientemente un ciclista, se sienten más trozos de carne que nunca. Por un lado, están en manos del médico o del preparador del equipo, o privado, que le inyecta, le manipula, sin dejarle apenas hueco a su pensamiento personal o convenciéndole de que ese es el precio, si no del oficio, sí de la victoria. Y por otro lado se encuentra con los inspectores del antidopaje, que les controlan, les pinchan, les sacan sangre, les vigilan en todo momento —para eso han inventado en ciclismo y atletismo la figura de los chaperones, que, como las carabinas de antaño, no les dejan solos ni un segundo después de la competición—, les visitan en su casa a cualquier hora, no les dejan ser libres.

³ Giorgio Agamben, *Estado de excepción. Homo sacer, II, I* Trad. de Flavia Costa e Ivana Costa Introducción y entrevista de Flavia Costa, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005.

Los ciclistas no entienden. ¿Por qué me castiga la sociedad cuando al mismo tiempo el sistema me exige lo contrario? La sociedad, la psicosis por la protección y la salud, capaz de quitar un hijo a sus padres por su obesidad, incapaz de poner en marcha programas antiobesidad que no sean la pura prohibición; la sociedad, que ha inventado los McDonald y los Burger's King, una sociedad de pensamiento binario, blanco-negro, bueno-malo, que busca la delimitación imposible de un universo de naturaleza continuo, sin fronteras claras. La consecuencia es la criminalización, la penalización, de lo que no cuadra, de las aristas: prohibido fumar, prohibido beber, prohibido engordar, prohibido tener accidentes de tráfico... Desde antes de la *Operación Puerto*, desde el 'caso Festina', la primera punta que se pudo ver del iceberg del dopaje, allá por 1998, la sociedad, su relación con el dopaje, no es algo abstracto, moral, intelectual, sino unas estructuras tangibles, leyes penales en muchos países, como Bélgica, Francia, Italia, España, organismos como la Agencia Mundial Antidopaje cuyos repetidos mensajes han calado en la sociedad convirtiendo en sus ojos lo que era una anécdota, un hecho explicable y, por lo tanto, disculpable, hasta admirable, en un grave problema, despreciable, pero al que, de alguna manera, no se le acaba de enfrentar como lo que es: una cuestión de política, no de ética. Volveremos sobre esto.

Y en este mundo, esta sociedad, se desarrolla el ciclismo, se corre el Tour, un espectáculo centenario, un espectáculo premoderno en un ámbito postmoderno en el que hay un cambio de percepción. Se produce una brecha entre la realidad de la cultura y la práctica ciclista y la retórica del paradigma antidopaje dominante: la opinión pública sobre el dopaje no siempre concuerda con la línea prohibicionista que públicamente adoptan muchos dirigentes. Para defender su autonomía, sus valores, su supervivencia, los organizadores del Tour, los corredores, deberán creer de verdad, sinceramente, que si el dopaje es la respuesta es que la pregunta está equivocada.

Felizmente para todos, 2011 pareció traer buenas noticias contra este pesimismo. ¿O no? Desde el Tour, desde la Vuelta, desde la UCI se proclamó una mejora en los parámetros sanguíneos de los corredores, se subrayó que no había habido positivos en las grandes vueltas, que todo,

finalmente, había cambiado. Desde la AMA también se hicieron proclamas: durante seis meses, entre septiembre de 2010 y marzo de 2011, no se hicieron controles de sangre para el pasaporte biológico. Quizás el gran cambio, nos tememos, fue simplemente que ya todos estaban ya cansados de seguir buscando positivos.

En 2011 aún coleaban un par de casos del año anterior. Un retraso que tuvo mucho que ver con la forma en que la justicia deportiva estaba íntimamente ligada con los poderes de las federaciones, en la medida en que la lentitud del procedimiento tuvo tanto que ver con los intentos iniciales de la UCI para tapar el positivo a la opinión pública, como con las complejidades científicas de los 50 picogramos y los plastificantes, que seguramente las hay.

Han pasado casi dos décadas desde entonces y el problema (o mejor dicho, su exposición pública) se ha extendido al territorio del atletismo de élite, con algunos escándalos que han salpicado (no siempre con la misma intensidad) a determinados jugadores de tenis. En los últimos años los casos de suspensiones por dopaje han crecido exponencialmente. Sin embargo, las penalizaciones no siempre han castigado con el mismo rasero. Lo que para una atleta supone un castigo de tres años puede, inexplicablemente, reducirse a tres meses si el implicado o la implicada ocupa un lugar preeminente en los rankings o en la sociedad. El ejemplo reciente del tenista italiano Jannick Sinner, condenado por clostebol, aceptando una sanción de tres meses, mientras por utilizar el mismo producto otros (y otras atletas, como una patinadora artística Laura Barquero) no tan mediáticos recibían como castigo la suspensión por cuatro años demuestra que no siempre la ley es igual para todos⁴.

Esto plantea, además, un problema que por lo general no suele abordarse. Permítasenos traer a colación uno de los primeros cortometrajes del gran Charles Chaplin, el titulado en su versión española *Charlot policía* (*Easy Street*, Mutual, 1917). En una de sus secuencias, el personaje protagonista (el *tramp* conocido como Charlot) sorprende a una joven robando comida en un mercadillo. Cuando la persigue hasta su casa y comprueba la pobreza en que vive y ve a los niños llorando de hambre, es él mis-

⁴ Cf. Carlos Arribas, «Diferencia de trato en los casos de dopaje de Laura Barquero y Jannick Sinner: misma pomada, distinta sanción», *El País*, 17.02. 2025.

mo que le ayuda a robar. Pocas veces una imagen ha sido capaz de mostrar tan claramente la verdad que hay detrás de un conocido chiste andaluz que a la pregunta de qué diferencia hay entre quien roba una gallina y quien roba 10 millones de euros, responde que en el primer caso se trata de un ladrón y en el segundo de un financiero.⁵

Si aplicamos lo anteriormente expuesto al caso del dopaje, resulta curioso que la mayoría de los corredores sancionados sean africanos y pocas veces se aborda el porqué. Todo empezaría a entenderse si se tomase en consideración que los premios en metálico y las ganancias derivadas de los patrocinios pueden hacer a un europeo más rico, pero a un etíope simplemente le permiten sobrevivir y si para conseguir ese objetivo, necesitan doparse, ¿con qué base aplicamos la misma mirada ética en uno y otro caso? La cuestión no es baladí y resulta muy curioso que nunca se plantee en el debate.

Por lo demás, la fuerza de la ley siempre cae sobre los deportistas, nunca sobre quienes, desde fuera de las pistas y los estadios, producen, hacen circular y, de un modo u otro, colaboran en su utilización. Esto no es específico del deporte. También en la vida política, los sobornos considerados como casos de corrupción suelen condenar a los que reciben las dádivas; casi nunca a quienes las ofrecen.

En el estadio actual del capitalismo globalizado, que, como adelantábamos páginas atrás, Yanis Varoufakis de-

finió en tiempos recientes como tecnofeudalismo⁶, los ciudadanos hemos acabado convirtiéndonos en siervos, en esta nueva Edad Media cuya venida ya fue anunciada proféticamente hace medio siglo por teóricos como Furio Colombo o Umberto Eco⁷.

El problema fundamental, para nuestro propósito en este trabajo, es que este «retroceso», tecnología mediante, a la Nueva Edad Media no reside tanto, aunque también, en la explotación gratuita del trabajo de los usuarios de internet, sino en los efectos sociales e ideológicos del *relato mixtificador* que rodea, no sólo el concepto de IA, sino, en general, las nuevas tecnologías, tal y como ha mostrado Pilar Carrera en su reciente *La comunicación en el diván. Efectos políticos del imaginario digital*⁸. Por lo demás, tampoco tienen mucho recorrido (fuera de su función narrativa dentro de ese *relato*) las hipótesis que conceden a la IA una función casi de bálsamo de Fierabrás, capaz, no tanto de imitar, sino de superar las capacidades del cerebro humano, algo que ya descartó, con argumentos científicos contundentes, hace más de tres décadas uno de los más importantes físicos matemáticos del siglo XX, Roger Penrose (Premio Nobel de Física en 2020) en su libro *The Emperor's New Mind* (Oxford University Press, 1989)⁹.

Los nuevos amos de todo este relato son también los que están detrás de algunas propuestas que competen a lo abordado en este artículo, como la que muy recientemente se presentó en público bajo el nombre de ENHANCED GAMES, sólo que con ellos no se busca sustituir el cerebro, sino el cuerpo por la máquina, no en términos de lo que Donna J. Haraway llamaba *Cyborgs 10*, sino llevándolo, con ayuda de sustancias estimulantes, más allá de sus propios límites.

⁵ En otro orden de cosas, el mismo Chaplin abordaba el tema de la droga, bajo un nuevo y sarcástico ángulo, en su extraordinario largometraje *Tiempos modernos* [*Modern Times* (United Artists, 1935)]. El protagonista (el propio Chaplin), trabajador en una fábrica de montaje que ha perdido momentáneamente el juicio por la mecánica inhumana de su función en la cadena, sale curado del psiquiátrico y por azar se encuentra en medio de una manifestación obrera. Es confundido con un líder comunista de los trabajadores por la policía y encarcelado. Una vez dentro, mientras está sentado en el comedor, su vecino de mesa vierte dentro del salero la cocaína que lleva en un pequeño paquete para no ser detenido, ya que los responsables de la prisión sospechan que es él el que introduce la droga en el interior del recinto. El personaje de Chaplin utiliza el salero y con la excitación que le produce la ingesta de la cocaína y sin saber muy bien qué le sucede, se enfrenta a tres amotinados que encañonan con un revólver a los guardias y los salva sin ser consciente en ningún momento de qué está ocurriendo a su alrededor. El modo en que Chaplin asocia la noción de culpa (según la ley) al azar —el protagonista es detenido por azar y se convierte en héroe también por azar— deja negro sobre blanco su postura respecto a cómo funciona la ley, de la que está, casi por principio ausente, la posibilidad de que no todo sea lo que parece. La noción misma de en qué consiste sin lugar a dudas una transgresión queda, pues, en entredicho. Algo parecido, pero esta vez, explícitamente expuesto en *El Padrino* y *El Padrino II* (*The Godfather* y *The Godfather II*, Paramount, 1972 y 1974) de Francis Ford Coppola, donde el capo Vito Corleone es presentado como alguien que se ve obligado a sustituir al mafioso de su barrio para sobrevivir según unas reglas que ni controla ni puede cambiar. Cf. P. Carrera & J. Talens, «Relato cinematográfico y lógica del capital», *ed. cit.*

⁶ Yanis Varoufakis, *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*, trad. de Marta Valdivieso, Bilbao, Ediciones Deusto, 2024 (citamos por la 5ª edición, 2025).

⁷ Umberto Eco, Furio Colombo, Francesco Alberoni, Giuseppe Sacco, *Documenti sul nuovo medioevo* (trad. española de Carlos Manzano como *La nueva Edad Media*, Madrid, Alianza, 1974).

⁸ Cf. Pilar Carrera, *La comunicación en el diván. Efectos políticos del imaginario digital*, Madrid, Cátedra, 2025.

⁹ Roger Penrose, *The Emperor's New Mind. Concerning Computers, Minds and the Laws of Physics*, Oxford University Press, 1989. [Hay edición en español como *La nueva mente del emperador. En torno a la cibernética, la mente y las leyes de la física*, trad. de José Javier García Sanz, México, Fondo de Cultura Económica, 1996].

¹⁰ Donna J. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Trad. De Manuel Talens, Madrid, Cátedra, 1991.

Estos así llamados JUEGOS MEJORADOS, cuyo inicio se ha fijado para la primavera de 2026 fueron presentados desde sus oficinas recién instaladas y aún desiertas en la Madison Avenue de Nueva York, el 21 de mayo de este año por su promotor, el australiano Aron D'Souza, diplomado en Derecho por la Universidad de Oxford, inversor en capital-riesgo y emprendedor en el terreno de la tecnología, con el apoyo explícito del hijo de Donald Trump y de algunas de las figuras prometentes de Silicon Valley.

Según la crónica de la enviada especial de *Le Monde* en Nueva York, Patricia Jolly en la edición del diario de fecha 13 de mayo de 2025, se trata de un proyecto faraónico del abogado australiano para construir una nueva humanidad de superseres humanos cuyo laboratorio serán esos JUEGOS MEJORADOS en los que los y las participantes estarán autorizados para usar, siempre bajo control médico (?), cualquier tipo de sustancia que permita mejorar sus resultados. Con ello, siempre según D'Souza, podrá acabarse con lo que él denomina la *hegemonía* de los Juegos Olímpicos (JJ.OO.) y con la *hipocresía* de la Agencia Mundial Antidopaje (AMA).

La periodista francesa recoge en su artículo lo que sigue del proyecto de D'Souza:

Au menu de ces «Jeux améliorés», des épreuves d'athlétisme, de natation et de «force» —une version revisitée de l'haltérophilie. Initialement prévus au program, la gymnastique artistique et les sports de combat ont été abandonnés. «Nous voulons nous concentrer sur des sports objectifs, clairement mesurables et pourvoyeurs de records qui parlent au public ; on élargira peut-être plus tard, en fonction de la réponse du marché», explique l'élégant homme d'affaires, dont la silhouette trahit l'assiduité —voire l'addiction— aux salles de fitness.¹¹

El proyecto pretende sustituir el periodo cuatrienal que separan las convocatorias de los JJ.OO. por un ritmo anual, organizado en ciudades de clima cálido, preferentemente de EE. UU. Y, por lo que concierne a las sustancias

prohibidas en las competiciones que él llama «tradicionales», se utilizarán testosterona sintética y otros esteroides anabolizantes, EPO, betabloqueantes, anfetaminas, etc. «simples fármacos con efectos conocidos y documentados desde hace décadas». Su planteamiento es crear «superhombres mejorados por la ciencia», como los superhéroes de los cómics», algo que considera que convierte su propuesta en una empresa transhumanista, «la mayor contribución [que él puede] hacer a la humanidad».

La idea de que la normalización del dopaje (bajo control médico) puede ser incluso positiva para mejorar la salud de los ciudadanos ya apareció en un conocido artículo científico de 2005¹², si bien años después la aproximación científica había cambiado, como muestran Martin Chandler & Ian Boardley en su trabajo «Harm reduction in the Enhanced Games: Can performance enhancing drugs be 'safe'?» de este mismo año de 2025¹³

En ese sentido, pensar, como afirma D'Souza, que esta propuesta va más allá de lo que entendemos como una competición deportiva, por cuanto lo que busca es «Erradicar los efectos del envejecimiento, retrasar la muerte, manipular el genoma humano», más parece un delirio de ciencia ficción que otra cosa. Mientras tanto, quienes acepten participar en el proyecto (como hizo esta misma primavera de 2025 el nadador griego Kristian Gkolomeev a cambio de recibir un millón de dólares para batir el record mundial de 50 metros libres)¹⁴, serán, para decirlo de manera explícita, cobayas de un experimento biológico de incierto porvenir, no muy diferente (aunque se disfraza bajo el paraguas del control medicalizado) de los realizados por el infausto Dr. Mengele, de triste memoria.

En ese contexto, de espectacularización extrema del atletismo de élite¹⁵ (la propuesta de Michael Johnson del

¹² Julian Savulescu & Megan I. Clayton, «Why we should allow performance enhancing drugs in sport», *British Journal of Sports Medicine* · January 2005.

¹³ Cf. <https://doi.org/10.116/j.ph.2025.100341>

¹⁴ Cf. Carlos Arribas, «Los 'Juegos Mejorados' en los que el dopaje está recomendado serán en 2026: estos son los millonarios que los financian», *El País*, 22.05.2025. Asimismo, Ignacio Romo «Los Juegos del dopaje, cada vez más cerca», *ABC*, 31.03.2025.

¹⁵ Un tipo de espectacularización curiosa y paradójicamente producto de una «sociedad [ya] sin espectáculo», entendiéndolo como tal, frente a la clásica definición del situacionista Debord, aquella en que se ha producido un cambio en la forma en que se percibe y se vive la realidad en la era digital, con la proliferación de lo falso, la posverdad y la cada vez más una mayor dificultad para discernir entre la realidad y la representación de la misma en el mundo digital, donde la comunicación se ha convertido en un espectáculo en sí misma. *Vide*: Pilar Carrera, «Internet o la sociedad sin espectáculo»,

¹¹ El programa de estos «Juegos mejorados» incluye pruebas de atletismo, natación y «fuerza», una versión renovada de la halterofilia. La gimnasia artística y los deportes de combate, inicialmente previstos en el programa, han sido descartados. «Queremos centrarnos en deportes objetivos, claramente medibles y que proporcionen records y que atraigan al público; quizá más adelante se amplíe, en función de la respuesta del mercado», explica el elegante hombre de negocios, cuya silueta delata su asiduidad, por no decir adicción, a los gimnasios (*traducción. nuestra*).

Grand Slam Track o los juegos femeninos del ATHLOS no llegan al extremo de experimentar con la biología), el dopaje ha acabado siendo parte sistémica integrante del mundo del deporte. No tanto por la profesionalización de la actividad, sino por el sometimiento a la lógica del mercado. Que el Grand Slam Track borre de su propuesta los saltos y los lanzamientos, e incluso el maratón, porque las carreras son las más útiles para mantener la atención del espectador (sea en presencia física o via transmisión audiovisual es desvirtuar el carácter originario del deporte como actividad fundamentalmente lúdica.

No se trata, sin embargo, de pensar el problema desde la absurda nostalgia de los mejores tiempos del pasado, sino de recuperar algunos aspectos que iban asociados a aquellas prácticas y que hoy en día han desaparecido o están poco potenciados.

La forma en que se integraba el ejercicio deportivo (y, fundamentalmente, el atletismo, como deporte base), aunque fuese bajo el paraguas globalizador de la asignatura de gimnasia en la educación primaria y secundaria era una manera fundamental de colaborar en la formación integral de los alumnos, y eso es una función que la conversión en mero espectáculo no cumple ni puede cumplir, porque no persigue hacer ciudadanos, sino consumidores.

Es cierto que obviar la existencia del deporte-espectáculo en una sociedad como la actual, que Guy Debord ya definió hace más de medio siglo como «sociedad del espectáculo»¹⁶, es tan ingenuo como poco creíble. En ese sentido, no se trata de proponer suprimirlo, sino de crear las condiciones para que su lógica espectáculo-mercantil no se adueñe absolutamente del deporte.

En primer lugar, y asumiendo que el atletismo ha podido ser una escuela de vida en épocas anteriores y puede volver a serlo, más que una lucha por situarse en un lugar preeminente en la jungla del mercado, parece obvio que la práctica del deporte en general y del atletismo en particular debería formar parte de la enseñanza obligatoria desde Primaria hasta la universidad. No como lo que antes se conocía como «Marías» (algo prescindible y solo

válido en el terreno burocrático), sino en sentido estricto, como las Matemáticas, la Literatura o la Filosofía, materias todas ellas que enseñan a pensar por sí mismos para no convertirse en robots ilustrados, sino para llegar a ser ciudadanos y no solo súbditos o clientes sin más criterio que el que les dicta el mercado laboral. El deporte enseña a comprender que nada cae del cielo (excepto el granizo) y que el esfuerzo que implica buscar la propia superación en todos los ámbitos nunca es en vano.

Además, serviría (como lo hizo con muchos de quienes éramos atletas en activo antes de la profesionalización antes aludida) para aprender que competir no es participar en una guerra, sino intentar superar los propios límites físicos y mentales, ganar o perder sin que ello ponga en juego la propia identidad, y no considerar a quien compete con nosotros un enemigo. En una palabra, enseña a interiorizar una serie de valores que no tienen nada que ver con el sálvese quien pueda ni con la ley de la selva, sino con el respeto a los demás. Y esto hay que aprenderlo desde pequeño; por eso el deporte (y el atletismo en particular) no solo debería ser una asignatura práctica, sino también teórica e histórica en los planes de estudio, para que los jóvenes no establezcan desde su más tierna infancia una diferencia entre los «rollos» del maestro en la escuela y el supuesto glamour de los deportistas ricos y famosos que ven en la televisión o siguen en las redes sociales.

Pero no solo se trata de utilizarlo como método de aprendizaje del pensamiento. También aporta los conocimientos necesarios para la salud. El clásico grecolatino *mens sana in corpore sano* es algo más que el eslogan publicitario en que se ha convertido. No lo era en la época en que se creó, cuando para la cultura clásica el deporte era tan importante como la filosofía y la poesis. Desde esta perspectiva, el dopaje (correlato no casual, como hemos visto, de la lógica competitiva económica) no solo debe abordarse desde la ética (aunque también¹⁷), sino también desde la cultura de la salud pública. Y todo ello empezando por incluir una enseñanza sobre el particular en las materias curriculares. Además, igual que se hacen campañas

Ginebra-Valencia, *Revista EU-topías*, vol. 13 (2017), pp. 37-46 y *Basado en hechos reales. Mitologías mediáticas e imaginario digital*, Madrid, Cátedra, 2020.

¹⁶ Guy Debord, *La société du spectacle* (1967), Paris, Gallimard, 1992.

¹⁷ Cf. Ignacio Romo, «Siglo XXI. La encrucijada del dopaje», en *Cuadernos de atletismo*, III Sesiones de Estudio E. N. E., Madrid, Real Federación Española de Atletismo. Escuela nacional de entrenadores, 2000, pp. 137-159.

de concienciación sobre el tabaquismo, la ingesta de alcohol o los problemas de obesidad relacionados con la comida rápida y no racionalizada, debería hacerse lo mismo con respecto a las sustancias dopantes, que, como en los casos anteriores, tienen efectos secundarios y, en un sistema de sanidad pública, suponen un problema que excede a los propios individuos porque puede crear desajustes económicos graves al sistema de la Seguridad Social.

Cómo dar salida a esta propuesta es algo que este artículo ni debe ni puede sugerir. No tenemos respuestas, sólo reflexionamos sobre lo que, por nuestra propia experiencia como atletas amateurs en un período muy diferente del que ahora nos ha tocado vivir, sabemos que nos ayudó a formarnos como ciudadanos. Tal vez así se consiguiese evitar que el sistema de valores que podría implicar la práctica deportiva acabe, como todo lo sólido, disolviéndose en el aire.

Referencias bibliográficas

- Giorgio Agamben, *Estado de excepción. Homo sacer, II*, I Trad. de Flavia Costa e Ivana Costa Introducción y entrevista de Flavia Costa, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005.
- Carlos Arribas, «Diferencia de trato en los casos de dopaje de Laura Barquero y Jannik Sinner: misma pomada, distinta sanción», *El País*, 17.02.2025.
- , «En pleno debate sobre el castigo desigual a Sinner y Barquero, el Tribunal de la Unión Europea cuestiona la estructura endogámica de la justicia deportiva», *El País*, 23.02.2025.
- , «No habrá épica ciclista sin inteligencia artificial», *El País*, 27.03.2025.
- , «Los 'Juegos Mejorados' en los que el dopaje está recomendado serán en 2026: estos son los millonarios que los financian», *El País*, 22.05.2025.
- Pilar Carrera, «Internet o la sociedad sin espectáculo», Ginebra-Valencia, *Revista EU-topías*, vol. 13 (2017), pp. 37-46. DOI: <https://doi.org/10.7203/eutopias.0.18614>
- , *Basado en hechos reales. Mitologías mediáticas e imaginario digital*, Madrid, Cátedra, 2020.
- , *La comunicación en el diván. Efectos políticos del imaginario digital*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2025.
- Pilar Carrera & Jenaro Talens, «Relato cinematográfico y lógica del capital», Madrid, *Revista Signa*, n° 34 (2025), pp. 291-313. DOI: <https://doi.org/10.5944/signa.vol34.2025.40598>
- Martin Chandler & Ian Boardley, «Harm reduction in the Enhanced Games: Can performance enhancing drugs be 'safe'?», <https://doi.org/10.16/j.ph.2025.100341> (consultado el 13.06.2025).
- Furio Colombo, Umberto Eco, Francesco Alberoni y Giuseppe Sacco, *La nueva Edad Media*, trad. española de Carlos Manzano, Madrid, Alianza, 1974.
- Guy Debord, *La société du spectacle* (1967), Paris, Gallimard, 1992.
- Donna J. Haraway, Ciencia, cyborgs y mujeres La reinención de la naturaleza, Trad. de Manuel Talens, Madrid, Cátedra, 1991.
- Roger Penrose, *The Emperor's New Mind. Concerning Computers, Minds and the Laws of Physics*, Oxford University Press, 1989. [Hay edición en español como *La nueva mente del emperador. En torno a la cibernética, la mente y las leyes de la física*, trad. de José Javier García Sanz, México, Fondo de Cultura Económica, 1996].
- Ignacio Romo, «Siglo XXI. La encrucijada del dopaje», en *Cuadernos de atletismo*, III Sesiones de Estudio E. N. E., Madrid, Real Federación Española de Atletismo. Escuela nacional de entrenadores, 2000, pp. 137-159.
- , «Los Juegos del dopaje, cada vez más cerca», *ABC*, 31.03.2025.
- Julian Savulescu & Megan I. Clayton, «Why we should allow performance enhancing drugs in sport», *British Journal of Sports Medicine* · January 2005.
- Yanis Varoufakis, *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*, trad. de Marta Valdivieso, Bilbao, Ediciones Deusto, 2024.